



Anselm Grün, O.S.B.¹

Jesús: el Salvador

Jesús es el hombre que reúne en sí todos los arquetipos descritos hasta ahora. Es el profeta que anuncia a los hombres la voluntad de Dios. Ante Pilato es el verdadero rey, que no se deja avasallar por nadie. En su pasión es el justo sufriente y el mártir, que sale fiador de su mensaje. Es el luchador que combate indignado y con fuerza contra la dureza de corazón de los fariseos (cf Mc 3,1-6). Jesús es amigo para sus discípulos. Y es el amante, no sólo en relación con Juan, sino también en relación con María Magdalena. El tiene con las mujeres un modo de proceder muy distinto del que tenían los rabinos judíos de su tiempo. Sintiendo plenamente libre, las acepta como discípulas y las trata con cariño y sin miedo al contacto físico con ellas. Jesús es el bufón, que describe con humor la situación de los hombres tanto en sus parábolas como en sus ingeniosas imágenes. Jesús es el hombre integral, el hombre completo, que une en sí *anima* y *animus*, amor y agresividad, Dios y hombre, luz y tinieblas, cielo y tierra. Hanna Wolf ha escrito sobre Jesús, presentándolo como el hombre integral. Franz Alt, en la misma línea, ha visto en Jesús al hombre nuevo. Cada uno puede ver en Jesús otros muchos aspectos de la identidad masculina. Cada cual puede contemplar en Jesús, el hombre, aquello que para él mismo es importante en su condición de hombre.

C. G. Jung ve en Jesús el verdadero arquetipo del yo realizado. Y piensa que por haber encarnado Jesús ese arquetipo en su forma más pura es por lo que ha ejercido en los hombres un influjo tan fuerte a lo largo de los siglos. Como arquetipo del yo, Jesús tiene, tanto para los hombres como para las mujeres, un efecto integrador en su camino hacia la propia realización personal. Cuando yo contemplo al hombre Jesús, tal como lo presentan los cuatro Evangelios, me fascinan sobremanera tres aspectos concretos:

1. Jesús está presente con todo su ser: Cuando hace acto de presencia, él está sencillamente allí, y está con toda su fuerza. Nadie puede pasar de él. Cuando habla, es imposible dormirse. Sus palabras tocan el corazón y despabilan.

¹ Anselm Grün, Monje y sacerdote benedictino alemán, nacido en 1945. Es doctor en Psicología, Teología y Ciencias empresariales. También es consejero espiritual y director de cursos de oración y meditación. Vive en la abadía de Münsterschwarzach (Alemania), de la cual es prior:

Abtei Münsterschwarzach

P. Anselm Grün

Schweinfurter Straße 40

97359 Münsterschwarzach Abtei

Tel.: 0049 (0) 9324/20 230

Fax: 0049 (0) 9324/20 231

E-Mail: Anselm.Gruen@Abtei-Muensterschwarzach.de

Internet: <http://www.abtei-muensterschwarzach.de/>

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



2. Jesús es interiormente libre: Es libre del afán por poner su *ego* en el centro. Dinero, poder y fama no tienen para él ninguna importancia. Es libre para decir lo que siente. No toma en consideración el efecto que puede ocasionar en los hombres o las consecuencias que sus palabras y sus acciones pueden acarrear.

3. Jesús es un hombre pleno, veraz y sincero, intachable. Irradia algo originario y puro. Está en relación con su verdadero yo. Está enraizado en Dios. Esto le libera de todo miedo ante la soledad o la muerte. Jesús descansa en sí, o lo que es lo mismo, en Dios. No se deja intimidar o apabullar. Es insobornable.

Estos tres aspectos son para mí rasgos de un hombre auténtico, de un hombre que dice sin miedo lo que piensa, que se presenta lleno de fuerza, que a nadie deja indiferente. O se deja uno contagiar por su energía o se ve obligado a confrontarse con él.

Renuncio aquí a describir al hombre Jesús en todas y cada una de sus facetas. Deseo solamente fijar la atención en un arquetipo que me parece central: el arquetipo de salvador. Salvar es algo que sólo se lo puede permitir aquel que ya está personalmente salvado y que ha integrado en sí toda la altura y la profundidad, toda claridad y oscuridad. Los cuatro Evangelios nos hablan de que Jesús salvó a los hombres. Pero cada evangelista interpreta a su manera esa salvación llevada a cabo por Jesús.

En Marcos, Jesús es el exorcista, que con poder expulsa los demonios. Los demonios son fuerzas internas, complejos que se apoderan de los hombres. Son espíritus perturbadores que contaminan el pensamiento del hombre, que nos llevan a la confusión interior. Con ellos no podemos ya pensar con claridad. Nuestros pensamientos quedan empañados por la amargura, la decepción, el enojo. Jesús es el médico poderoso que, con la fuerza de su palabra, libera a los hombres de estos poderes extraños. Como salvador, integra el arquetipo del mago. En la curación del ciego, Jesús aparece como un mago que, con saliva e imposición de manos, hace desaparecer la ceguera (Mc 8,22-26). Marcos presenta a Jesús como un salvador masculino, que con fuerza masculina lucha contra el poder de los demonios y los vence. En su lucha contra los demonios suscita la oposición de los poderes de este mundo. Estos lo atrapan en sus garras y lo matan. De este modo, en su lucha por la vida, Jesús pone en juego su propia vida. La victoria sobre los demonios le cuesta la vida. Pero en la impotencia de la muerte es precisamente donde él lleva a plenitud su victoria sobre los demonios. El fuerte grito de Jesús en la cruz es un grito de victoria. Al morir, Jesús expresa en un grito sonoro su victoria sobre el poder de las tinieblas en el mundo. En Marcos, Jesús cura no con afabilidad y mansedumbre, sino con «una energía masculina que se impone, una energía vigorosa, firme y determinante».²

En Mateo aparecen en primer plano otros dos aspectos de la salvación. Son, por una parte, la culpa y, por otra, la fe. Para Mateo van unidas enfermedad y culpa. La conexión no deja de tener cierta justificación, pero no se puede ver como algo categórico. Si así fuera, nos encontraríamos con graves dificultades. En Mateo, Jesús cura interpelando y actuando sobre las causas más profundas de la enfermedad; cura igualmente transmitiendo, al que no puede aceptarse a sí mismo, que Dios lo acepta de manera plena e incondicional. De este modo, en los hombres que dudan de sí mismos, Jesús despierta una confianza nueva, una fe que les proporciona estabilidad.

² P.M. Arnold, *Männliche Spiritualität. Der Weg Stärke*, Munich, 1991, 249

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



Lucas es visto en la tradición como médico. La actuación de Jesús viene presentada por él con frecuencia en un lenguaje específico de la medicina. Jesús es para él el verdadero médico, que supera con creces a los otros médicos que ha podido conocer en su ambiente griego. Jesús se preocupa de dejar a los hombres sanos y salvos. De ahí que aparezca en Lucas la raíz griega «*saos*» (= salvo, íntegro, sano) con más frecuencia que en ningún otro Evangelio. La enfermedad subyuga y postra al hombre por tierra. Jesús levanta a los enfermos y les devuelve su dignidad inviolable, una dignidad que ellos ven menoscabada con la enfermedad. Es lo que sucede con la mujer encorvada, que se siente atada y abrumada por la carga de su vida. Jesús la pone en pie, despertando en ella la conciencia de su dignidad divina (cf Lc 13,10-17). Junto a Jesús, los hombres dejan a un lado su resignación. Se sienten valorados y apreciados por Jesús, tratados con delicadeza y aceptados. Vuelven a encontrar su integridad. Cuando Jesús cura a los enfermos, tiene lugar la nueva creación. En la curación, Jesús hace patente cómo es el hombre a los ojos de Dios. Cuando Dios hubo creado al hombre, vio que todo era bueno. Esto es lo que Jesús quiere transmitir al enfermo: «Es bueno que tú estés ahí, y es bueno que tú seas como eres. Tú eres bueno». Este mensaje vuelve a poner en pie al hombre encorvado y le hace ver su hermosura originaria.

Juan percibe como causa de la enfermedad la desvinculación con la fuente divina. El hombre está sano solamente cuando la vida divina le impregna por completo. Jesús cura al paralítico y al ciego de nacimiento en una fuente. Pero Jesús no tiene necesidad de llevar a estos enfermos a la fuente. Con su palabra, él los hace entrar en contacto con la fuente interior, con la fuente de la vida divina, que brota dentro de ellos. Quedará sano todo aquel que entre en contacto con esta fuente. Recobrará la confianza para ponerse en pie y recorrer su camino. Recibirá fuerzas para abrir los ojos y quedará capacitado para ver la realidad, para ver el trasfondo de las cosas, para ver a Dios, que está en todo.

¿Cómo llega Jesús a ser salvador? Esta es para mí la cuestión decisiva. La respuesta teológica -que él puede salvar en cuanto Hijo de Dios- no me parece suficientemente satisfactoria. Jesús no fue salvador desde el principio. El fue desarrollando en su interior el arquetipo de salvador. Para mí, los Evangelios señalan momentos importantes en este proceso. El primer momento lo constituye el bautismo de Jesús. Fue claramente una experiencia de iluminación. Marcos nos dice que el cielo se abrió sobre Jesús cuando él salió del agua del Jordán. El bautismo es para Marcos un ritual divino de iniciación en la masculinidad. Jesús emerge como hombre nuevo de las aguas del Jordán. La identidad del hijo del carpintero la ha dejado hundida en el Jordán. Se ha sumergido en el agua, en el recinto del inconsciente. Nuestra vida se seca sin la fuente del inconsciente. Para Lucas es importante otro aspecto del bautismo de Jesús. En el bautismo, Jesús quedó lleno del Espíritu Santo. Jesús -así nos lo dice Lucas ya en los relatos de la infancia- es Hijo de Dios desde el nacimiento. Pero es en el bautismo donde él toma conciencia de su verdadera identidad: El es el Hijo amado de Dios, dotado de la fuerza de su Espíritu. Todo lo que Jesús hace a partir de este momento -su misión de anunciar y de curar- manifiesta que él está plenamente colmado del Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios es una fuerza de la que Jesús dispone para curar y liberar.

Pero siempre hay hombres que tienen experiencias similares del Espíritu y se aprovechan de ellas para envanecerse y situarse por encima de los demás. Un momento importante para Jesús en el proceso hacia su plena realización como hombre es cuando el Espíritu le conduce al desierto. En Marcos se dice literalmente que el Espíritu

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



impulsó a Jesús al desierto. Lo que Jesús experimenta no es una acción suave, sino enérgica, del Espíritu Santo. «Allí permaneció cuarenta días, siendo puesto a prueba por Satanás. Estaba con las fieras, y los ángeles le servían» (Mc 1,13). Los cuarenta días señalan el período de la prueba psíquica que Jesús ha de afrontar en el desierto. Jesús se encuentra en el desierto con su propia verdad. El desierto es para Marcos el ámbito donde dominan los demonios. Jesús se enfrenta en este ámbito con los demonios. Se sitúa frente a ellos. Intima con ellos y adquiere poder sobre ellos. Marcos expresa esto con la imagen de los animales salvajes y de los ángeles. Jesús hace experiencia en su propia carne del animal salvaje. No huye de él, sino que intenta conciliarse con lo salvaje y con lo animal. Simultáneamente, Jesús experimenta a los ángeles junto a sí. Cada hombre tiene también una parte angelical. Puede incluso predominar. Pero si uno ve solamente esta parte angelical, corre el peligro de destruir su masculinidad, siguiendo un camino espiritual que le hace perder pie. Esto no es bueno para el alma. Los primeros monjes eran conscientes del peligro. A un joven que parecía volar al cielo en su camino espiritual le aconseja un anciano padre que se agarre a los talones y aterrice. Jesús integra en su estancia en el desierto los dos polos: la parte animal y la parte angelical. Vive pacíficamente con los animales salvajes y, al mismo tiempo, le sirven los ángeles. Los ángeles son seres espirituales que contemplan a Dios.

Conciliado con la parte animal, Jesús contempla a Dios. En los sueños, los animales representan siempre la sabiduría de los instintos, lo impulsivo y la sexualidad. Todo este ámbito queda integrado en la persona de Jesús. No le impide la visión de Dios, sino que es precisamente el campo abonado donde crece la espiritualidad. La imagen de los animales salvajes y de los ángeles dice todavía algo más: «En el lugar más peligroso sobre la tierra, Jesús se encontraba seguro y protegido. Ahora podía él marchar a cualquier parte. Ahora ya no se le podía sobornar, ni intimidar, ni tentar, ni doblegar».³

Quisiera entresacar de los Evangelios todavía algunas escenas más, que nos muestran por qué Jesús se siente inducido a curar. Sigo aquí sobre todo el Evangelio de Marcos. Cuando Jesús predicó por primera vez en la sinagoga de Cafarnaún, los oyentes quedaron muy impactados de su enseñanza: «Pues los enseñaba con autoridad (divina), y no como los maestros de la ley» (Mc 1,22). Jesús habla de Dios de tal manera que los hombres presienten; este no sólo habla de Dios; en sus palabras se hace presente el mismo Dios; Dios resplandece en ellas. Era un discurso arrollador y un hablar auténtico. Ya este hablar de Jesús sobre Dios posibilita la curación de los hombres. Cuando Jesús estaba hablando adecuada y claramente de Dios, un hombre en la sinagoga se puso a gritar. Era un hombre poseído por un espíritu inmundo. Se podría decir: Tenía una imagen demoníaca de Dios. Cuando Jesús habla de Dios, esta imagen demoníaca de Dios se despierta. Quizá había reducido a Dios a un sistema de seguridad personal. O quizá lo había utilizado para imponerse a los demás. Dios le servía como peldaño para elevar su autoestima. Jesús saca a la luz estas imágenes demoníacas. Tenían que despabilarse. Y el hombre aquel terminó por estallar. Advirtió que se ahogaba. Cuando estas imágenes demoníacas ya no le sirven, todo su proyecto de vida se le viene abajo. Jesús ordena al espíritu inmundo: «¡Cállate y sal de él!» (Mc 1,25). Y el espíritu salió de él dando un fuerte alarido. La reacción de los hombres fue de temor y de asombro:

³ Ib, 247

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



«¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva llena de autoridad! ¡Manda incluso a los espíritus inmundos y estos le obedecen!» (Mc 1,27). Un hombre es curado mientras Jesús habla adecuadamente de Dios. Las imágenes enfermizas - de Dios hacen enfermar al hombre. Por el contrario, cuando uno llega a conocer al verdadero Dios mediante la experiencia de su propia verdad y habla de él con autenticidad, cura a los hombres dominados por imágenes demoníacas de Dios. Salvar es aquí, sobre todo, liberar al hombre de fuerzas extrañas, de demonios, de modelos de vida y de representaciones de Dios y del mundo que llevan a una situación de enfermedad.

La segunda escena que tiene para mí una importancia singular en orden a contemplar al hombre Jesús como salvador se encuentra en el relato de la curación de un hombre en sábado (Mc 3,1-6). Hay un hombre con una mano seca. Se trata evidentemente de un hombre que ha renegado de su masculinidad. Se ha acostumbrado a retirar la mano para no quemarse los dedos. Es incapaz de una comunicación auténtica. No entra en contacto con los demás. Se sienta en el rincón, como simple espectador. Es la caricatura de un hombre. Jesús cura a este hombre ordenándole: «Levántate y ponte ahí en medio» (Mc 3,3). La enfermedad de este hombre consiste en mantenerse alejado de todo. Ahora tiene que dejar finalmente su papel de espectador y situarse en el centro. Allí será visto por todos. Tiene que soportar las miradas y permanecer en pie. Jesús se dirige entonces a los fariseos, antes de seguir ocupándose de aquel hombre: «¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o destruirla?» (Mc 3,4). Jesús desafía a los fariseos. Sabe que le están observando con escrupulosidad por si cura en sábado, algo que para los fariseos está permitido sólo en peligro de muerte. Estas prescripciones insignificantes son para Jesús mortales. Todo aquel que da más importancia a las normas que al hombre hace el mal, destruye la vida. Se hace patente aquí la libertad de Jesús. A él le importan los hombres, no las prescripciones. Ante el silencio cobarde de los fariseos, Jesús «lanza sobre ellos una mirada de indignación y de pena por la dureza de su corazón» (Mc 3,5). Jesús se encuentra solo frente al muro de hombres endurecidos, que se esconden tras su poder y sus normas. Los sentimientos de Jesús afloran con fuerza. Su indignación es enérgica. En su indignación, lejos de estallar en un arrebato de ira, se distancia de sus adversarios. No les da ninguna autoridad. Pueden seguir con su dureza. Es su problema. Jesús tiene la conciencia tranquila. La indignación es para él la fuerza que le posibilita mantenerse firme y sentirse libre frente al poder de los otros. Para mí, Jesús es aquí el hombre totalmente presente. Está plenamente inmerso en la situación del momento y es plenamente dueño de sí mismo. No se deja determinar por esperanzas, temores y amenazas externas, sino sólo por su propia convicción. Está en armonía consigo mismo. Y por esta armonía consigo mismo y con Dios, no se deja arrastrar por nadie, tampoco por corazones endurecidos y hostiles. Pero Jesús, además de indignado, está apenado. En griego se dice: *syllypoúmenos*. El verbo significa «afligirse con, condolerse». Jesús se distancia en su indignación, pero se adentra al mismo tiempo en el corazón de los adversarios. Siente el modo que ellos tienen de ver las cosas. Deplora que llegue tan lejos la dureza de su corazón y que estén tan exasperados, hasta el punto de permitir que se extinga en ellos todo sentimiento humano. Su corazón es un corazón muerto. Puesto que Jesús se siente interiormente firme, tiene a su vez el valor de mirar el corazón del otro, aun cuando allí no pueda ver más que caos, oscuridad y maldad.

Jesús es consciente de la atmósfera hostil que le rodea. A pesar de todo, hace lo que le pide su corazón. No se deja determinar por los demás. Actúa por su propia

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



cuenta. Ordena al hombre: «Extiende tu mano». Ha de tener el coraje de tomar en su mano las riendas de su vida, de extender su mano para dársela a otros y también para empuñar los problemas que se le presenten. En este relato de curación sale a mi encuentro la fuerte humanidad de Jesús. Jesús es un hombre que se mantiene firme, aunque todo el ambiente se ponga en su contra. Hace lo que siente en su interior, sin miedo a la reacción hostil de los demás. Esto me fascina. Jesús lucha por el hombre que ha renegado de su masculinidad. Lucha por la vida. Está presente de tal forma que los demás no pueden permanecer indiferentes. Ni los enfermos ni los despiadados fariseos pueden pasar de él. Tienen que tomar postura. Jesús es tan claro que ante él se desvela la falsedad de los hombres que le rodean. Junto a Jesús queda iluminado todo lo que se esconde en el corazón humano. Jesús obliga a la verdad. Nadie puede cerrar los ojos a su propio interior y a su propia verdad cuando Jesús está ante él.

En el relato sobre la estancia de Jesús en el desierto hemos visto que él se reconcilió allí con sus sombras y que integró dentro de sí lo animal. El culmen de la integración se hace perceptible en la cruz. La cruz es un símbolo primordial de la unidad de todos los contrarios. En la cruz abarca Jesús todos los recintos del cosmos: la altura y la profundidad, la tierra y el cielo, la luz y la tiniebla, lo consciente y lo inconsciente, el hombre y la mujer. Los cuatro evangelistas nos dicen que las mujeres estaban junto a la cruz. Jesús se diferenció de los rabinos judíos por aceptar que las mujeres le siguieran. Jesús procedió, pues, de manera distinta con las mujeres. Hanna Wolf ha descrito a Jesús como el hombre integral, el hombre que integró en sí también el *anima*. Esto se podría mostrar teniendo en cuenta su comportamiento con las mujeres. Jesús conversó sin recelos con mujeres. Manifestó ante mujeres sus sentimientos y lo hizo sin tomar en consideración los temores de sus discípulos. Los discípulos se sorprendieron de que él hablara con una samaritana. «Pero ninguno se atrevió a preguntarle qué quería de ella o de qué estaban hablando» (Jn 4,27). O Jesús dejó que se acercara a él una mujer que con sus lágrimas lavó sus pies y los enjugó con sus cabellos mientras los besaba (Lc 7,38). El no estableció a las mujeres en ningún puesto. Pero apreció la hospitalidad de Marta, igual que la actitud contemplativa de María, que le escuchaba sin más, deseando entender su misterio (Lc 10,38-42).

Lucas presenta a Jesús en la cruz como el hombre justo. Esta presentación evoca un pasaje del filósofo griego Platón (428-348 a.C.) en su obra *La República (Politeia)*. Platón piensa que un hombre realmente justo pronto se convertirá en blanco de críticas en un mundo embustero. Escribe Platón: «En tal ambiente, el justo será azotado, atormentado, encadenado y cegado en sus dos ojos; finalmente, después de todos los tormentos, será colgado en la cruz». Ya Clemente de Alejandría, en torno, al año 210 d.C., vio estas palabras de Platón como una interpretación anticipada de la muerte de Jesús en la cruz. Y antes que él, así las comprendió Lucas. Jesús fue un hombre justo, un hombre recto e íntegro. Fue recto en todo. Integró en sí toda antinomia. Lucas utiliza con frecuencia el adjetivo «justo» en el sentido de intachable. En los Hechos de los Apóstoles describe así a Jesús: «Vosotros negasteis al Santo y al Justo» (He 3,14). Jesús es el hombre justo, recto, intachable, que hace justas en su ser personal todas las dimensiones del hombre. Es el hombre integral, que unifica en sí todo lo que pertenece a la condición humana.

Jesús es para Lucas el hombre totalmente él, el hombre que vive desde su centro más íntimo y que desea llevarnos al contacto con nuestro verdadero yo. Jesús resplandece como arquetipo del yo en una escena al atardecer del día de Pascua. Se hace

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



presente al grupo de discípulos y les muestra sus manos y sus pies: «Soy yo en persona» (Lc 24,39). En griego se dice: «*Egó eimi autós*». Para los filósofos estoicos «*autós*» expresa el verdadero yo, el santuario interior del hombre, donde nadie tiene acceso sino Dios. Es el espacio interior de la libertad y la autenticidad, el verdadero yo, el verdadero núcleo de la persona. El Resucitado quiere conducirnos a nuestro verdadero yo. Hace a los discípulos esta invitación: «Tocadme y convenceos de que un fantasma no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lc 24,39). En el encuentro con el Resucitado debe quedarles claro a los discípulos que ellos no son simples espíritus, sino personas. Como Jesús, ellos son de carne y hueso. Pero en el interior se encuentra el «*autós*», el santuario, el verdadero yo, donde Dios mora en nosotros. En el proceso hacia la plena realización de la masculinidad el objetivo es entrar en contacto con el yo íntimo, con ese espacio de quietud, donde Dios mora en nosotros como en un templo, con ese lugar del silencio, donde nosotros somos nosotros mismos, libres de las expectativas de los demás, libres de la presión del propio trabajo.

Jesús es capaz de salvar a los hombres por ser plenamente él mismo, por ser auténtico, porque vive en su santuario interior, en su «*autós*». Jesús invita a los hombres y mujeres a alcanzar su verdadero yo. Entonces saldrá de ellos también algo salvífico y algo que lleva a la plenitud. Quien está dividido en su interior, sólo puede contagiar división a su alrededor. Quien está perturbado por demonios sólo origina en su entorno niebla y oscuridad. Proyecta sobre los demás lo sombrío y enfermo que hay dentro de él. Jesús es libre de todos los mecanismos de proyección. El se ve tal como es. Por eso puede ver también a los hombres tal como son. Porque él descansa sobre su yo, desvela también a los demás dónde está su verdadero centro. Salvación significa: entrar nuevamente en contacto con ese núcleo divino. Pero para Jesús significa igualmente: decir sí a su corporalidad. El camino hacia el santuario interior pasa por el cuerpo y por la propia carne. Sólo el hombre que dice sí a su cuerpo y se reconcilia con él puede entrar en contacto con su verdadero yo, con el espacio interior donde habita la auténtica e intacta imagen de Dios.

De nosotros mismos no podemos decir que seamos salvadores. Hay hombres que tienen un don curativo. Se trata siempre de un regalo de Dios, un regalo fuera de nuestro alcance. Lo que nosotros podemos aprender en Jesús es el modo de alcanzar nuestro verdadero yo. Alcanzado esto, brotará de nosotros algo salvífico. Sería peligroso que nos identificáramos con el arquetipo del salvador. El peligro lo experimento una y otra vez en mí mismo. Cuando, en la dirección espiritual, alguien me cuenta que ha llevado a cabo algunas terapias que no le han ayudado en nada, enseguida se anuncia en mí el arquetipo del salvador con la frase: «Yo le puedo ayudar. El camino espiritual que yo le voy a mostrar le salvará». Pero si yo me dejo atrapar por el arquetipo del salvador, me ciego para ver mis propias necesidades. Deseo demostrar mi capacidad de salvar. Deseo probar a los terapeutas que el camino espiritual posee más fuerza curativa que los métodos psicológicos. Todo esto oscurece mi espíritu. No podré ya ver al otro tal como es, y la presión me embargará. No advierto que el arquetipo del salvador me induce a perder mi medida, a asignarme más de lo que me compete, a representar ante el cliente mis necesidades de cercanía y reconocimiento. Jesús, el salvador, me preserva de identificarme con el arquetipo de salvador. Jesús quiere llevarme a entrar en contacto con las fuerzas curativas que hay en mí. Pero quiere sobre todo ayudarme a descubrir mi verdadero yo. Entonces saldrá también de mí aquello que salva.

“La mitad de la vida como tarea espiritual.

La crisis de los 40-50 años”

Escrito por Anselm Grün, Carlos (trad.) Castro Cubells, Anselm Grün



Hay muchas mujeres que se sienten a gusto entre los enfermos y que los salvan con sus tiernos cuidados. No pocas mujeres me dicen que tienen manos salvadoras. Es algo que rara vez se oye entre los hombres. Cuando el hombre es salvador, su salvación es de otra calidad. Salva con su fuerza masculina y con su lucidez. Existen muchos médicos y terapeutas buenos, muchos pastores de almas y directores espirituales, que llevan a sus clientes a entrar en contacto con sus propias fuerzas. Han aprendido de Jesús el método terapéutico de confrontación. Confrontan al enfermo con sus propios recursos. Despiertan en él su propia fuerza. Los hombres pueden aprender de Jesús a descubrir sus fuerzas salvadoras. El presupuesto indispensable para ello es que, con Jesús, emprendan el camino hacia la realización plena de la masculinidad, un camino en el que han de integrar en su condición de hombres todo lo que emerge en ellos: lo selvático y lo apacible, lo duro y lo blando, lo masculino y lo femenino, lo claro y lo oscuro. En el encuentro con Jesús desaparece de ellos lo inauténtico y las simples apariencias. Entran entonces en contacto con su verdadero yo. Y sólo desde ese yo íntimo les es posible salvar a los demás.